

Ejercer libremente los ojos (Lectura de Zaid)

ISABEL QUIÑONEZ

Textos breves, intensos, manifiestan una realidad humanizada; en ellos la vegetación hace que el hombre camine hacia adentro de sí mismo, apenas si le deja impresiones (pero que vibran). Textos que comunican un orbe aprehensible; donde los animales son símbolos, caracterizan tal o cual actitud humana. Poesía de reflexión y efusiva, satírica, aforística, guiada por una inteligencia en constante asombro, que rehúye las metáforas estruendosas, la novedad y la moda. Poesía que no oculta sus artificios. Oficio milagroso que de tan literario recibe frescamente a sus asuntos, como si no fuera discurso literario al comprenderlos. Obra poética realizada en muchos momentos felices que ocurrieron durante 25 años. **Cuestionario.**

Escritura mayormente ocupada por la gracia y la reverencia:

Acata la hermosura
y ríndete,
corazón duro.

Acata la verdad
y endurecete
contra la marea.

O suéltate, quizá,
como el Espíritu
fiel sobre las aguas,

fina, armoniosa —como en el anterior poema, en otros—, en la que Gabriel Zaid nos ha dado la dicha de la lucidez.

Zaid no asedia la perfección para adueñarse de los poderes escondidos, inalcanzables; no especula con puras imágenes para dominar a la fugacidad, como José Gorostiza; no se autoconsume; para su inteligencia, "la luz final... habrá ganado lo perdido".

No es, como Xavier Villaurrutia, una conciencia inquisidora filosa pero inerte, que se está "mirando mirarse" "en el tiempo y más allá del tiempo": no es la mano metálica que cincela hasta su desvarío.

No se entrega al rito verbal.

Es una inteligencia integrándose, tratando de armonizar o discrepando con el mundo para hacerlo habitable. Busca la claridad que empuja la barca de la libertad. Su entendimiento y su sensibilidad estética lo impulsan al goce, o le hacen querer asumir su soledad: entonces su voluntad obedece y busca el encuentro con el pesar:

Pesada como es tanta soledad
y triste como es tanta compañía,
pienso que si supiera convivir
conmigo, entonces viviría.

Pero eso de buscarse para huirse mejor
nos envenena igual solos que en compañía.

Así, dándoles nombre, nos contiene, dándonos figura a momentos emocionales que en su tiempo no encaramos, o que entendimos y hemos olvidado:

Algo profundo sale a respirar
en las fuentes, Jonás,
con chorros altos de tristeza.

TE ESPERA LA BALLENA
DE LA MELANCOLIA.

Pero no es que su escritura condescienda; es exigente, su claridad no significa que se entregue a la primera lectura. Algunos de sus textos pueden ser desenfadados, pero nunca son inocentes. Zaid —que se inició ejercitando la prosodia, tanto de la poesía culta (liras, sonetos, décimas, canciones) como de la tradicional popular (canciones, graffiti); que quiso y supo dosificar diversos recursos orquestales y sintácticos— juega con el lector, siempre que éste se aperciba. Juega con los títulos, que



desolemnizan el contenido, se le contraponen, le añaden implicaciones. Juega abriendo a varias interpretaciones los poemas, dejándoles en la penumbra ("Resplandor último", "Animal fantástico"), o, aprovechando la apertura de la fábula ("Campo nudista", "La isla y las tinieblas", "Novum Organum"). Dotado con sentido del humor, Zaid integra a la poesía lo mismo el albur (Juego de ingenio afín a su temperamento intelectual) que los escritos de la picardía popular. Llega hasta la procaacidad ("Alabando su manera de hacerlo"), sabedor de que la sonrisa distiende al ser humano, y de que hay salud en el trazo de naderías. En la veta humorística, pero cruzada por los filones de los ideales ético-humanistas que lo impelen, este autor escribe sátiras, ya dirigidas contra la inercia humana ("Elogio de lo mismo"), ya contra el arribismo político ("Poema pedagógico"), o elabora aforismos punzantes ("Koán").

Su agudeza lo inclina a proferir en forma sintética, contenida, ciñéndose el rigor verbal. Su poesía está hecha por juegos luminosos y nace en la emoción psíquica del conocimiento. Así, por ejemplo, uno de sus temas centrales, el amor, es visto desde la perspectiva del encuentro (lúcido y lúdico). Así también, en los textos donde se refiere a su cuerpo, lo hace pensándolo; no se abandona, como un budista, ni a este ejemplar misterioso ni al del mundo circundante, que a él, afanado por las "cosas espirituales" podría haberle originado otra clase de claridad.

Y Gabriel Zaid es un poeta que piensa (su cara complementaria: el ensayista inquieto y acertado, que constantemente publica comentarios sobre el acontecer político, cultural y literario). La mayoría de sus textos abordan temas axiales para el ser humano.

El deseo de libertad —en el contexto de la reunificación sensual e intelectual del hombre— impulsa muchos de sus poemas. A la libertad posible se refieren, por ejemplo, "Práctica mortal":

Subir los remos y dejarse
llevar con los ojos cerrados.

Abrir los ojos y encontrarse
vivo: se repitió el milagro.

Anda, levántate y olvida
esta ribera misteriosa
en que has desembarcado,

"Haciendo guardia", "Claustro"; de libertad fallada hablan "Difícil epojé", "Semáforos"; la libertad, provocadora y esquiva, aparece en "Campo nudista"; la libertad alienta los felices encuentros de gran parte de sus textos de asunto amoroso.

Despierto, penetrante, apasionado por la luz, el mar abierto, el pájaro y sus alas, el vuelo, el elevarse, este poeta anda también en los campos de lo infiel, donde lo endeble nos hace contradecirnos, donde nos acechan las torceduras. Pero su poesía se abre una y otra vez a la luz que —parafraseando su "Elegía por una luz entreabierta"— con generosidad baña todas las cosas. Su obra poética nos pone a considerar que encontrar el Paraíso ha de ser obra de la conciencia, y que la conciencia son los ojos que entienden, porque "ver es ser de par en par", encontrar en otro cuerpo la claridad amorosa y así, "dando cuerda a la cama", sincronizar la música de las esferas.

Amor, libertad, inteligencia: tríada rectora de esta obra en la que vivimos el encanto —como expresa Pascal— de, esperando tener que habérselas con un autor, encontrar nos con un hombre, y también nos acontece la "cosa contraria e igualmente gustosa" de que, cuando creíamos estar encontrando a un hombre, nos hallamos a un autor intencionado que hace de su obra un lugar de reunión liberadora, en la que se cumple lo que él mismo considera cualidades de lo expresivo: eso que "nos permite ejercer libremente los ojos", eso que nos deja descubrir y descubrirnos. (1).

(1) G. Zaid: La máquina de cantar, p. 57.

ISABEL QUIÑONEZ

Nació en San Pedro Sula, Honduras en 1950. Ha publicado en el Siervo Herido, La Semana de Bellas Artes y la Máquina de Escribir. Estudió periodismo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Actualmente es redactora del INAH.